EPOCA IV — BARCELONA 24 DE ABRIL DE 1918 — NUMERO 377

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts. | Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª | Paquete de 30 ejemplares . . . . 2'00 ptas. Suscripción: España, un trimestre. 2'00 » Extranjero » 3'00 »

PROBLEMAS ECONOMICOS

Los distintos problemas económicos que ha originado la guerra, encierran una gravedad extrema, digna de ser estudiada, merecedora de todas las atenciones que hechos de esta naturaleza requieren.

Si esperar de los gobiernos una solución satisfactoria fué siempre una ingenuidad, ahora es áun más ingenuo, cuando no denote ignorancia, aguardar nada de los poderes, siquiera ello fueran medidas más o menos acordes con las fases múltiples de la cuestión.

Incapaces fueron siempre los encargados del poder, de buscar soluciones rápidas, adecuadas, justas, a los grandes conflictos que se plantean de vez en vez, y cada día con más frecuencia, dentro de las naciones.

Dada esta incapacidad, y dada también la multiforme variedad del gran problema económico que la guerra ha suscitado, inútil es abrigar ninguna esperanza, aunque ella sea relativa, en la acción de los que se erigieron en árbitros, con la aquiescencia de una mayoría, para buscar soluciones.

Estéril será la acción que a ello vaya encaminada, admitiendo que sea verdad, que sea cierta la actitud de preocupación y de estudio por encontrar una fórmula que a todos deje, en cierto modo, satisfechos. Admitiendo también, y ya es mucho admitir, que el Gobierno español esté animado de los mejores deseos, esté dispuesto, pese a quien pese, y saltando por encima de determinados intereses, a encontrar una medida extrema, procurando que el hambre no tome mayores proporciones, el resultado final será nulo. El hambre no se remediará, continuará extendiéndose, agigantándose, como una amenaza que se cumple, después de haberle precedido un cortejo miserable de angustias y de miserias.

Observado así el problema, comprendiendo que ni aun siendo efectiva la acción del Gobierno tiene solución, ¿qué ocurrirá si por el contrario, y como ha de ocurrir, los gobernantes nada hacen?

He aquí la gravedad, la tremenda gravedad del conflicto.

Pueden los economistas burgueses publicar libros y más libros, estudios y más estudios. En balde será todo. Los frutos de sus meditaciones no aminorarán ni un ápice la miseria que se va apoderando de todas las clases productoras.

El problema de la tierra, el de la producción, el del consumo, todos los grandes problemas que ya de tiempo preocupan a los disertadores y profesionales de la economía nacional o internacional, han sido hasta ahora estudiados por ellos, muy superficialmente. Han supuesto estudiar el conjunto y apenas si han desarrollado, no siempre con acierto, simples aspectos, motivos fútiles, causas externas, sin ahondar, sin profundizar, sin entrar de lleno en el nervio, en la síntesis de la variedad y multiplicidad de los problemas.

Recientemente se ha dicho hasta la saciedad, por políticos y economistas, que el Gobierno había de ir directamente contra los intereses del acaparador, si deseaba evitar el espectáculo deprimente del pueblo hambriento; que la única solución lógica, acertada, de resultados definitivos, era ésta; que el conflicto de la miseria nacional, ya que sólo se trataba de España, radicaba, tenía origen en la complacencia que se observaba para con los que se enriquecían escandalosamente, en tanto que las clases productoras se agotaban, se extenuaban; que si realmente se trataba de resolver el gran problema planteado, la medida reparadora había que buscarla así, procediendo a la incautación de lo acaparado con el *humano* fin de encarecerlo.

Como hemos dicho antes, plantear así la cuestión, es estudiar sólo un aspecto, superficial, transitorio.

En primer lugar, el Gobierno no hará esto, no puede hacerlo. Hay infinitas causas para que no lo haga. Porque sería negar su significación, lo que le justifica a los ojos de esos mismos economistas y políticos que así han hablado.

Preguntemos a un político, a un economista, ¿a quién representa el Gobierno? ¿para qué fué creado? ¿cuál fué su origen? ¿cuál es su historia? ¿qué papel ha representado en todos los tiempos?

Tendrá que convenir, olvidando todos los sofismas y todas las insinceridades, en que el Gobierno fué, es y será el representante, el sostenedor, el defensor del capital. El acaparador, ¿no es el capital? No puede, entonces, ir contra el capitalismo, ponerse frente a él, atacar sus intereses, una institución que se originó y existe para representarlo, para sostenerlo, para defenderlo...

Desechada esta premisa que tanto se ha traído y llevado de un año a esta parte, visto que el Gobierno no puede en forma alguna realizar esa incautación, de la que se ha hablado como si fuera una solución eficaz, preguntamos ahora:

Suponiendo que por un extraño, inesperado fenómeno, sin precedentes, y que dentro de las normas actuales sería absurdo, suponiendo que el Gobierno realizara la incautación de todos los productos, de todas las existencias que haya en el país, y que se exporten, ¿se habría evitado con ello el hambre, la miseria, la grave situación que la guerra ha creado en el orden económico?

Dejamos nosotros sin contestar esta pregunta. Aguardamos una respuesta categórica de los economistas que teorizan y exponen infinitas fórmulas con este motivo, a propósito de la incautación.

Por nuestra parte, tenemos el convencimiento, la convicción absoluta de la inutilidad, del fracaso, de la no eficacia del remedio. Hágase en buena hora, pero conste que de antemano sabemos que nada ha de solucionar, que nada ha de evitar, que el pueblo, las gentes que trabajan, los productores seguirán pasando miserias, les atormentará el hambre, sufrirán como siempre, el dolor agudo, lacerante, injusto de no satisfacer ninguna de sus necesidades. Y es que, el mal radica en otras causas más profundas, en otro orden más arraigado, en otras infinitas variaciones de la imperfecta, inhumana organización actual.

Más o menos acertadamente y cuidándose de no herir los intereses del capitalismo en grande, se ha llegado a una simulada incautación del trigo que hay en España.

Por las columnas de toda la prensa ha desfilado una estadística, no sabemos por quién ni con qué motivo hecha. Con el trigo que se sabe hay actualmente, el que viene o ha llegado de la Argentina y un cálculo apróximado de la próxima cosecha, se suman, si no andan equivocados, 4.000 toneladas más de lo necesario para el consumo de la nación durante el año actual. Es decir, sobran esas 4.000 toneladas. ¿Por qué, entonces, un kilo de pan vale el 40 ó el 50 por 100 más que un año antes de la guerra?

Los economistas burgueses deben contestar esta pregunta.

Admitamos después de este ejemplo, todas las reformas imaginables, hasta lo imposible; supongamos un momento que el gobierno español, que todos los gobiernos del mundo, tienen amplias facultades para obrar con independencia y que se disponen a poner coto al malestar incautándose de todo. Se repetirá el caso, se observará el mismo fenómeno. Existiendo los productos en abundancia, los consumidores pobres no podrán adquirirlo por su carestía inexplicable. Ahora es por la guerra; mañana será por otras causas; como lo fué ayer, como lo será siempre, en tanto continúen las cosas en igual estado que están.

Inútil será cuanto se haga, se teorice o se practique en este sentido.

Hace falta una transformación total del sistema económico; transformación que lo es también social, que lo es asimismo moral.

Los anarquistas-socialistas, con su programa que será modificado cada vez que las circunstancias lo impongan, con su humano programa comunista libertario, son los únicos llamados a resolver todos los problemas, entre ellos el económico. Porque habrá desaparecido con su triunfo la propiedad privada causa primordial de los males todos; porque todo será común y cada uno producirá y consumirá lo que pueda y necesite.

«Uno para todos y todos para uno». He ahí la única solución. Mientras no se llegue a esto, inútiles, infecundos serán todos los esfuerzos.

Sabedlo, los que en verdad buscáis el cese del malestar, la supresión de la miseria, el término del horrendo espectáculo del hambre.

Fragmento

Hay siempre dos extremos entre los cuales hay que elegir; y a veces es difícil determinar cuál está en el punto de partida y cual en el punto de llegada. En moral, por ejemplo, tenemos que decidirnos entre el egoísmo o el altruismo absoluto, y en política entre el gobierno mejor organizado que sea posible imaginar —un gobierno que dirija y proteja los menores actos de nuestra vida— o la ausencia de todo gobierno. Ambas cuestiones son todavía insolubles. Sin embargo, es permitido creer que el altruismo absoluto es más extremo y está más cerca de nuestro fin que el egoísmo absoluto, así como la anarquía es más extrema y está más cerca de la perfección de nuestra especie que el gobierno más minuciosamente, más irreprochablemente organizado tal como el que se podría, por ejemplo, imaginar en los últimos límites del socialismo integral. Es permitido creerlo, porque el altruismo absoluto y la anarquía, son las formas extremas que requieren el hombre más perfecto. Y nuestras miradas deben dirigirse hacia el lado del hombre perfecto, pues debemos esperar que hacia ese lado se encamine la humanidad.

La experiencia afirma que se corre menos riesgo de equivocarse dirigiendo los ojos hacia adelante que dirigiéndolos hacia atrás, mirando lo que está demasiado arriba que lo que está demasiado abajo. Cuanto hemos obtenido hasta ahora, ha sido anunciado y en cierto modo llamado por aquellos a quienes se acusaba de mirar demasiado arriba. En la duda, es, pues, más juicioso decidirse por el extremo que supone la humanidad más perfecta, más noble y más generosa. Es esta la respuesta que ha podido darse a los que preguntaban si convenía acordar a los hombres a pesar de sus imperfecciones actuales una libertad tan completa como fuera posible.

Sí, es deber de todos aquellos cuyos pensamientos preceden de la masa inconsciente, destruir todo lo que estorba la libertad de los hombres, como si todos los hombres merecieran ser libres, aunque se sepa que no lo merecerán sino mucho tiempo después de su liberación. El uso armonioso de la libertad no se adquiere sino por un largo uso de sus beneficios. Solo se puede tenerla esperanza de descubrir el ideal mejor yendo primero al ideal más lejano y más alto.

MAURICIO MAETERLINCK

UNA REFLEXION

Hay una leyenda lueca de Selma Lagerloff a la cual la amable escritora hace que brille con plena luz el interés de cierto aspecto de la vida hunana que no todos los ojos se han detenido a mirar, quizá no por natural apatía, ni aún por causa de la polvareda que los vientos de la existencia anómala lanzan sin descanso sobre los hondos y atrayentes problemas del espíritu, sino más bien en razón de las desviaciones dolorosas y lamentables que el influjo de la egolatría hace subir a los ojos del alma. La escribió con ocasión del premio Nobel que en tiempos recientes le fué justamente asignado, y finge en ella que cuando se dirigió a Estocolmo con el fin de recibirlo, al igual que si la tierra hubiese desaparecido bajo el peso colosal de la máquina y los vagones, el tren, poseído de extraordinaria potencia, se lanzó en el espacio y vertiginosamente tomó rumbo hacia la admirable infinidad del cielo, en donde se detuvo para dejar a la soñadora peregrina en presencia de su anciano padre, allá asilado desde días, viejecito cariñoso, viejecillo compasivo, al cual quería revelar con dulzura la hija el magno secreto de su triunfo. Pero antes de hacerlo así, a modo de preparación extraña, se le ocurrió pedirle consejo acerca de cómo pagar todas las deudas, las deudas casi infinitas, que durante su vida había contraído. ¿Con quién? Con él mismo, que de niña le inspiró, entre besos, la devoción del Arte en los libros mejores que por entonces existieron, en las páginas candorosas de los grandes cuentistas de su tierra; con cuantos, ya por credulidad, miedo o neurósico delirio, infundieron vida a alguna conseja rara; con los que de algún modo le profesaron amor a la belleza; con los que le prestaron apoyo, la elogiaron, o al contrario, faltos de fe en el porvenir de la artista, la deprimieron; con el crítico que la consagró públicamente; con sus lectores: viejos, mujeres o niños; con todos los que en hora alguna de la vida le destinaron un pensamiento o un recuerdo... ¡con los pájaros, los árboles, las flores, los musgos, las piedras; con la Naturaleza entera, y con toda la Humanidad. A los que soñaron, a los que sintieron, a los que amaron... a todos les debía algo.

De ello hubo de hacerle mención con suave acento al confiado viejecito que en un principio creyó que sería fácil satisfacer el santo anhelo de su dulce hija, pero que luego, ante la desesperante enormidad del crédito, y seguramente confundido por anormales pensamientos, fué intranquilizándose, sintiéndose abatido, hasta que la congoja le extrajo lágrimas inmensamente piadosas, grandes, admirables, en tanto que se inclinaba víctima de pesadumbres su cabeza cana, y que dejaron de percibir sus oídos las palabras finales de relato, llenas de la emoción del triunfo definitivo y de la amargura causada al noble anciano...

¿Quién no llora cuando llega a comprender que ha desfilado por el mundo sin poder medir la trascendencia de la obra multánime de los hombres, tan infecunda como de ordinario nos parece?

Es la hermosa verdad que se ha perdido entre la maraña de las cuotidianas frivolidades, a la sombra de los coloreados parasoles del placer de Venus: lo nuestro es de todos! Somos, de cierto, los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapasón: todos han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, a sí mismo se desprecia; quien no anhela lo futuro renuncia su derecho a la Vida. Y sólo existe, en cuanto al valor de la tarea individual, la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de la significación de su vida con respecto a la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia; la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre...

Pero vamos todos marchando entre tinieblas, y cuando creemos interpretar las grandezas del destino mascullamos margaritas que fueron hechas para supremo deleite de labios más puros. El fuego sagrado de la solidaridad consciente no se ha encendido aún en los corazones...

OMAR DENGO

Enseñanzas

Si no podemos evitar que los hombres se maten, debemos enseñarles por qué se matan. Si no podemos aportar un lenitivo al dolor material de los combatientes, podemos aportar una esperanza a los sobrevivientes. Si nuestra voluntad no puede borrar la mancha de sangre que la historia de nuestros días extiende sobre el planeta ni disipar las negruras que ensombrecen los ánimos, puede, en cambio, laborar incansable por un porvenir más placentero para las generaciones futuras. Así, pues, si la hermosa página del escritor «*Gaziel*» que reproducimos de *La Vanguardia*, nos hunde espiritualmente en las horrendas negruras de esta guerra haciéndonos ver como aun en la solidaridad de sus dolores y en sus heroicidades reina la injusticia, el siguiente viejo trabajo del camarada Mella nos enseñará el bajo valor que debemos asignar a estas heroicidades y con qué groseros materiales espirituales se forjan los entusiasmos bélicos de las multitudes sugestionadas por una prensa vil que pone particular empeño en ocultar a los ojos de los que matan y mueren las verdades que se desprenden de las críticas que del patriotismo y del militarismo nos ofrecen los fragmentos de escritos de pensadores tan esclarecidos como Spencer y Novicow. Y la verdad desnuda es esta: héroes muriendo oscuramente en holocausto de los intereses económicos de las clases poseedoras... Si no podemos evitar que los hombres se maten, debemos enseñarles por qué se matan. Aquí tienes, pues, hermanados, lector, un puñado de juicios procedentes de distintos campos espirituales, pero coincidentes en una aspiración de fraternidad humana. Lee y juzga:

EN LAS CATACUMBAS DE ARGONA

. . . . . .

Llegamos a la parte más avanzada de las catacumbas, donde viven sepultados los retenes de tropas que montan la guardia de la excavación. A ambos lados de la galería hay abiertas numerosas y profundas cavernas que sirven de alojamiento a las tropas. Estas guaridas son grandes, bajas, pero muy anchas y hondas, capaces para albergar cada una a quince o veinte hombres. Por lo general suelen estar bajo el nivel de la galería, y para entrar en ellas es preciso descender una suerte de rampa o varios peldaños de madera. El aire de las cuevas es materialmente irrespirable. La miseria de tantos cuerpos reunidos; la suciedad inevitable; la humedad inextinguible de los muros, la bóveda y el suelo; los vahos de las literas, y el mismo olorcillo grasiento del rancho que los soldados comen, forman una atmósfera que no puede compararse a otra alguna, un verdadero hedor de establo humano. (La excesiva crudeza de esta expresión sólo puede medirse por su exactitud y por la infinita piedad que la dicta).

Una sola lamparilla eléctrica alumbra la caverna. En torno de los muros fangosos y pegadas a ellos —en hileras superpuestas como en los camarotes de un viejo navío—, están las literas de los soldados. Se componen de un jergón y una manta. En el resto del antro no hay más que una mesa puesta en el centro, varias mochilas y un reloj de bolsillo colgado de un clavo sobre el muro del fondo. Los soldados, a falta de sillas, están tendidos en sus literas. Todos callan y nos miran absortos. Sus ojos febriles fulguran en la penumbra. En sus rostros demacrados, pálidos, hay grandes huecos sombríos. Las púas erizadas de sus barbas ciñen y absorben el color cerúleo de la faz. Están sudando. Las gotas perlean en sus frentes rudas y a lo largo del cuello descarnado, rojizo. En un rincón de la cueva silba monótonamente la ráfaga del ventilador que trata, en vano, de renovar el aire. El tic-tac acelerado del reloj destaca en el silencio con un martilleo penetrante, insoportable.

Durante todo el día los soldados no oyen más que eso: el ventilador y el reloj. Sólo pueden salir de la cueva para usos urgentes, porque se lo mandan o para ir a montar la guardia exterior, en la trinchera avanzada que dista quince metros del enemigo. Esas guardias temibles duran seis, ocho y hasta diez horas. El soldado permanece sólo, de pie, hundido en la trinchera, bajo el sol, bajo la lluvia y en la frialdad de la noche. Los centinelas están escalonados, de veinte en veinte metros, sin verse mutuamente, sin poder hablarse ni hacer el más leve ruido. El ser humano más próximo a ellos es el centinela enemigo. Durante los cañoneos, los lanzamientos de bombas y *crapouillots* de trinchera, las explosiones de minas y los pequeños asaltos de reconocimiento, no pueden abandonar ni un instante su puesto. Toda su acción se limita a revelar sus observaciones al puesto de vigía que les domina constantemente, por medio de signos convencionales. Cuando se les releva, los soldados vuelven a su caverna, para no salir hasta que de nuevo les toque el turno de guardia. El rancho se les sirve en sus mismas cuevas. Al regresar de la trinchera avanzada, al reunirse otra vez al pelotón en su guarida subterránea, casi todos los días falta alguno de los que salieron juntos pocas horas antes. Fué herido o murió en su puesto de guardia. Se le reemplaza por otro. Al cabo de un mes en la caverna no queda ninguno de sus antiguos moradores. Pero los que pasan a ocuparle siguen sujetos a la misma tortura. Sólo salen a respirar el aire libre para exponerse a una muerte casi fatal. En el interior de la caverna la ráfaga del ventilador sigue silbando, y el reloj colgado del muro—¡Dios sabe qué fué de su dueño!—continúa marcando la angustiosa lentitud de las horas.

***

Recorremos varias cuevas. son todas lo mismo y sus moradores iguales. Las víctimas del sacrificio patriótico aguardan la hora de morir, sumergidas en un mundo de miseria y silencio. Esta quietud suya es tan grave, tan reveladora, que los cabellos se erizan de espanto al sentirla. ¿Por qué callan tanto, Señor, esos pobres hombres? ¿Por qué nos miran fijamente, en silencio? Los antiguos mártires del ideal religioso exhalaban sus almas, en las horas supremas, con himnos y cánticos; sus ojos, desengañados del mundo, se volvían al cielo con el ansia y la convicción profunda de hallar en él una eternidad de paz. Pero los mártires del ideal patriótico, esos pobres soldados que sólo un milagro sería capaz de salvar, callan y miran con dolor horrible, entrañable.

El mártir religioso desea la muerte. Es-

tos no: estos mueren deseando la vida. Al mártir religioso no le costaba nada desprenderse del mundo; al contrario, el mundo era para él una prisión aborrecible, un lugar donde todo es inseguro, vano, peligroso y dañino, donde un momento de error y concupiscencia puede comprometer una eternidad de inefables delicias.. Pero el mártir del patriotismo ama, adora la vida terrena: su mujer, sus padres, sus hijos, sus amigos, todas las esperanzas y anhelos vitales palpitan tumultuosamente en su corazón, y cuanto más arrecia el peligro más se le adhieren. Y he aquí otra distinción suprema: la verdadera patria del mártir religioso, aquella por la cual se inmola, es, precisamente la que irá a gozar con su muerte, la que le abrirá sus puertas de par en par gracias al sacrificio. Y, en cambio, el mártir patriota se ve obligado a abandonar para siempre jamás esa misma patria por la cual sucumbe; su sacrificio le aleja y le priva eternamente de ella y de cuanto tiene de adorable; si la patria es un bien, que importa defender y conservar, ocurre el tremendo sarcasmo de que sólo lo pierden aquellos que más lo merecieron, y en cambio siguen gozándolo los que no lo ganaron.

Tal es la causa secreta de la tristeza única, peculiar, indefinible, que caracteriza a los mártires del patriotismo. En el ardor de la lucha o cuando cesa el peligro inminente, los hombres olvidan con facilidad las amarguras de una reflexión que se devora a sí misma. Entonces luchan y mueren bravamente en la zona de combate, o se divierten como chiquillos en la retaguardia. Pero en los intervalos, cuando el peligro está lo bastante cercano para ser previsto y al mismo tiempo alejado lo suficiente para que el entendimiento pueda discurrir sobre él a sus anchas, entonces, en esas horas de agonía, los soldados parecen naufragar en un bache íntimo de cordura lúcida, de sentido realista, de visión descarnada y, por lo tanto, de pesadumbre. ¿Por qué van a morir? ¿Por qué, entre tantos millones de seres que componen un pueblo, sólo una pequeña minoría debe sacrificar su vida para los demás? Unos no se baten porque son ministros o empleados públicos; otros por la rara razón de que saben tornear granadas, no sólo no arriesgan sus vidas sino que además ganan fabulosos jornales; otros están en lugar seguro porque saben sanar heridas o preparar ungüentos; otros porque son viejos y les falta coraje; otros porque son mujeres; otros por mil causas diversas. ¿Por qué esa disparidad odiosa? La única razón que puede abonar una injusticia tan deforme, una desigualdad tan manifiesta en los sacrificios que la guerra impone a los individuos de un pueblo, es la sinrazón de la necesidad, el hecho brutal de que no haya medio de obrar de otra suerte. El soldado se siente víctima de una selección ilógica, monstruosa, que ha repartido sobre él y sobre algunos más la responsabilidad cruenta de una expiación general.

Pero aun descartando toda reflexión egoísta, aun estando dispuesto de antemano al sacrificio personal, el reo patriótico se siente combatido en lo más vivo del alma. Si él perece en la lucha, ¿qué va a ser de los suyos, de su mujer, de sus hijos, de lo que más quiere en el mundo? Esa patria por la cual va a derramar su sangre, esa comunidad de supervivientes por los cuales se sacrifica, ¿cómo tratarán a los que dejarán desamparados tras de sí? Mientras dura la guerra todos son elogios sonoros para los que sucumben; la sociedad necesita estos sacrificios y los alienta. Pero ¿y después? Concluirá el conflicto, renacerá la paz, los pueblos volverán lentamente a vivir como vivieron antes; se apaciguarán los resquemores viejos a medida que broten intereses nuevos; se alzarán algunos monumentos para conmemorar victorias, cuyos nombres borrarán el recuerdo de los infortunados que las pagaron con su sangre; las pensiones oficiales serán escasas, el Estado desatenderá forzosamente sus antiguas deudas para atender a necesidades más urgentes. ¿Qué será de los millones de familias destruidas, de las mujeres sin recursos, de los pequeñuelos sin protección eficaz? ¿Qué será de la esposa y los hijos de este pobre soldado sumergido en las catacumbas de Argona? ¿A quién aprovechará su muerte, si no es a los que seguirán viviendo? Y si esto es así, ¿por qué este aprovechamiento tiene que pagarlo el soldado, el único que no gozará de él, con su destrucción personal y con el infortunio de los suyos? Mas la misma necesidad que tanto exige de este pobre hombre, bajo pretexto de ser ineludible, se desvanecerá con el tiempo. Los días son pasajeros; lo único que no cambia es la miseria humana. Y rodando los años, otra necesidad parecida a aquella e igualmente abominable, hará que los hijos o nietos del mártir se abracen sobre su tumba con los enemigos de hoy para emprender juntos y fraternalmente una nueva cruzada...

Todas las aberraciones y los sofismas insolubles sobre los cuales se asienta la guerra, van roendo—en las horas de soledad y hastío, ante la proximidad del peligro—, a las víctimas del deber patriótico. Pero basta que uno de sus superiores les saque de su ensimismamiento y les grite ¡adelante!, para disipar su tortura. Se incorporan, olvidan sus males, sus amores terrenos, se olvidan a sí mismos, sufren, luchan, sucumben. En un instante, el más miserable gañán se convierte en el ser extraordinario y generoso que llamamos héroe. He aquí una de las más misteriosas transformaciones humanas.

GAZIEL

LITERATURAS BÉLICAS

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes de guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agotan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de castrados, cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muelle y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final es: o tigres o borregos.

La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada.

Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico a las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cieno. El literato es lacayo de todos los éxitos.

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercute el rasguear de las plumas belicosas que empuercan de sangre y cieno el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial; si la voz poderosa de cien genios clama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y de sosiego ¡qué importa eso a los serviles y lacayunos emborronadores de cuartillas!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engalla enderezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica se torna financiera y apologética de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón del inquisidor y se postra humilde ante los vetustos muros de las tétricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace sacrificio de la honestidad, de la dignidad y la vergüenza.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebeldía, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza iracunda y, sobre la turba soez de los desarrapados, fulmina los rayos de su cólera... ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad.

La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina, centenares de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante tabla suspendida de una deshilachada cuerda; se prueban con el trabajo imposible en el infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y los topes de los barcos, en los tenders de las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rudas luchas con la Naturaleza. El hombre se templa en la conquista del planeta que habita, de la atmósfera que le rodea, del espacio sin límites poblado de bellos e innumerables mundos.

En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después nada, como no sea cobardía, miedo a perder la vida, horror de la sangre, del bruñido acero, de la bala mortífera. La manada, el montón cobra ánimos apretujándose y estrechándose contra los repetidos asaltos del temor. Y luego la procesión de inválidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados, corrompidos, traen a las ciudades y a los campos el estímulo a la holganza, a la depravación, al desorden, al desenfreno. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestiona a las masas, el espejuelo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida.

Hacen falta borregos, dóciles instrumentos de matanza, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

R. MELLA

PATRIOTISMO

Si alguien supusiera en mí falta de honradez o de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota le oiría impasible. «¿Es que usted no ama a su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado a las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar a los esclavos de las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas a los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones —establecimientos, colonias, protectorados— no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros a agentes residentes, luego a funcionarios que capaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían a someterse y, por último, a la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Bartzilandia, declarada colonia británica, cotan poco respeto a la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor a la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Kedive a recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó a administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Kedive es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido los ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores de Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia de encontramos en pretexto de una guerra asoladora. Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada a un tren de filibusteros, o en la concesión de honores universitarios a un archiconspirador, o en los ruidosos aplausos con que los «estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen a los planes de agresión. Si porque tengo amor a mi país no sobrevive a estas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón o no!» le juzgo destable. Por su asociación con el amor a la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo, pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan a la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada sino que es un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, u obligamos por las armas una nación a recibir productos que no necesita, o apoyamos a algún agente para que castigue a los que se han limitado a aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, con nuestra patria, tenga razón o no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el olmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aun existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un ser que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este ser que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia!? ¿Les gusta el paralelo a nuestros seudopatriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos —de antipatrióticos, sin duda, serán calificados— en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, prosiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido —entonces capitán y hoy general— me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres alquilan —dije— sus brazos para matar a otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen a servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas».

Preveo la observación que va a hacérseme. Si se acepta ese principio, se alegará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedaría indefenso. No puede permitirse a los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan deprisa, repicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército será tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería a esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón o sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia a la guerra agresiva, sino a la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse a la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón o no!» y que agregarían a las ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

HERBERT SPENCER

RAZONANDO

«La guerra es noble y desarrolla las grandes verdades», dijo el mariscal Moltke. Según eso, después de las grandes guerras las naciones deben hallarse en pleno apogeo de la virtud y la grandeza moral.

Veamos si los hechos confirman esas teorías. La guerra de Treinta Años fué una de las más largas que se han conocido en Europa; como resultado hubiese podido moralizarse Alemania del modo más admirable. Desgraciadamente no fué así, y para convencer a los militaristas, he aquí como relatan los historiadores el estado en que se hallaba esa nación en 1648:

«Durante treinta años, la soldadesca se ha entregado a todos los accesos, el país se ha empobrecido, deprimido y casi *descivilizado*. La inmoralidad ha alcanzado a casi todas las clases sociales... Las costumbres han vuelto al salvajismo, a la bestialidad. Las escuelas desaparecen, la instrucción retrocede, la superstición se desarrolla, la creencia a la hechicería hace nuevos progresos. Las universidades se hallan en plena decadencia... Los profesores son mediocres y los estudiantes depravados y perezosos... Entre los hombres que convive aún alguna cultura intelectual, el pedantismo, la mezquinería, la pusilanimidad y el servilismo no hacen sino acrecentarse».

He ahí cómo la guerra desarrolla y ennoblece todas las virtudes; he ahí cómo los hechos responden a las teorías de los militaristas.

La guerra produce siempre la brutalidad y la grosería en los vencedores, la degradación, el odio y el rencor y el espíritu de venganza en los vencidos. El miedo es el origen de numerosos vicios: la hipocresía, la bajeza, la traición y la duplicidad. ¿Y cuál es el origen del miedo? La violencia del fuerte o de lo fuerte y su acción sobre el débil, es decir, del vencedor con relación al vencido. La guerra produce sobre todo el miedo social; decir que moraliza equivale a afirmar que el fuego endurece el hielo.

Se ha dicho también que la guerra ha contribuido a la civilización porque ha sido esparcedora de ideas, y se cita a Alejandro el Grande y a Carlo Magno: al primero como portador de las ideas helénicas al Asia, y al otro como implantador del cristianismo en Germania. Al hablar de las armas de la República y del Imperio, se pretende demostrar que esparcieron por Europa los principios de la Revolución.

En tales afirmaciones hay infinidad de errores.

Ante todo afirmamos categóricamente que no son los ejércitos los portadores de ideas; eso es una pura ilusión. Las armas de Alejandro penetraron hasta la India; libraron batallas y mataron mucha gente. Sembraron la muerte y no las ideas; es todo lo que pueden hacer los ejércitos.

Después los colonos y los artistas griegos fueron a establecerse entre los persas, cosa que hubieran podido hacer más eficazmente sin que pesara sobre ellos el odio al conquistador, y ellos fueron los portadores de ideas, no los soldados. Si las tropas de Alejandro hubieran recorrido la Persia de un modo más completo y hubiesen matado diez veces más hombres, al retirarse a Macedonia sin dejar funcionarios civiles y colonos no hubieran dejado en Asia más que hambre y horror...

Y no se repita que sin la guerra no hay medio de introducirse en países extraños. Lo contrario es la verdad. En este caso a que nos referimos podemos afirmar que persas y griegos eran enemigos precisamente por la guerra, y sin ella hubieran podido establecerse tranquilamente, tanto por unos como por otros, donde, cuando y como hubieran querido.

Sin esta enemistad que proviene sólo de la guerra, entonces como ahora la penetración de los pueblos sería mucho más rápida.

J. NOVICOW

IDEAS

Hace falta, sobre el campo inculto donde se debaten las multitudes, sembrar ideas. Incesantemente. Porque se acercan tiempos en que los hombres, todos los hombres, forzados serán a pensar en algo. Tendrán ineludiblemente, que reflexionar, que meditar, que estudiar alguna idea.

Conviene que sea la nuestra, la que tenga abonada la tierra donde esas ideas han de germinar.

Van acercándose ya los tiempos en que nadie podrá mostrarse indiferente ante el mundo imperfecto en que nos fué dado luchar, o vivir, o simplemente vegetar. Habrá que pensar en modificar, en perfeccionar ese mundo, las ideas porque se rige, las organizaciones rudimentarias, un poco absurdas y otro poco ilógicas que durante muchos siglos en él imperaron.

No es posible que todo continúe igual; no puede permitirse tampoco que el tiempo transcurra inútilmente, infecundo para las nuevas modalidades que cada día han de adoptarse, procurando el próximo triunfo de nobles, grandes, elevadas concepciones ideales.

Conviene que todos y cada uno nos vayamos percatando del papel que hemos de representar en no lejanas fechas, cuando terminada la sangrienta tragedia que en Europa tiene lugar, empiecen a resurgir de nuevo, tras del lapso de tiempo de callada aquiescencia, las diferentes múltiples formas de pensar que nos distingue y nos separa a unos de otros.

Cesada la guerra ha de empezar, sin duda alguna, un florecimiento insólito de nuevas ideas. Visto el fracaso de todas, comprobada hasta la saciedad la inutilidad, la no suficiente influencia de ninguna de ellas para evitar el tremendo conflicto que salpica de sangre al mundo entero, todas aparecerán después modificadas, con nuevas tácticas, con otras teorías acaso, diferentes en la forma aunque en el fondo permanezcan igual. Si este fenómeno tiene lugar, la candidez e ingenuidad de las mayorías, incultas y sin decisión e independencia para pensar por sí mismas, admitirán como nuevo lo que ya ha fracasado; esa amalgama multiforme de ideas que eran soberanas de Europa antes de la guerra, que ni supieron, ni quisieron evitar, serán otra vez el árbitro del mundo; las que dirigirán los destinos de las naciones; las que impondrán a la multitud ignara y abúlica y falta de instrucción, los valores de sus ya viejas concepciones; las que trazarán, con la torpeza de las ideas que no son definitivas, los caminos a seguir en el futuro, como si ellas únicamente tuvieran de esos caminos conocimiento.

La situación quedará planteada del modo siguiente: Remozadas, desfiguradas, inculpándose entre sí mismas, queriendo eludir la responsabilidad tremenda de lo que ahora ocurre, aparecerán todas las pequeñas, limitadas, incompletas ideas de hoy y de ayer; las que antes de la guerra gobernaban a los países y las que aspiran a gobernarlos hoy, a gobernarlos mañana, cuando ya la guerra haya terminado. Es decir, todo lo que está llamado a desaparecer, todo ese mundo ficticio, cimentado en la fuerza, la astucia y la ignorancia, que todavía no ha traído sobre la tierra ni un momento de paz, de tranquilidad, de justicia, fecundas y creadoras, pretenderá una vez más seguir imperando, continuar al frente de las naciones para lanzarlas en otro momento determinado a la lucha; a una lucha sin objetivo, pero en la cual dejarán su vida millares de seres que representan las cosechas futuras, de pan, de arte, de ciencia, de literatura, de libertad; todo lo que pueden dar los hombres para un mañana de justicia, será sacrificado una vez más en aras de lo pasado, que es horrible, en holocausto de lo presente, que es injusto. Después del conflicto horrendo, los viejos partidos, las ideas fracasadas, todas las gentes que han cooperado con su ayuda, con su simpatía, con su adhesión, a que se extendiera y alcanzara proporciones monstruosas, se alzarán a reconquistar su campo de acción; el programa quizá parezca humano, pero ahondando en él, profundizando en su forma, en su origen, en sus raíces, fácil será advertir, comprobar la identidad con las viejas fórmulas, con los tópicos antiguos. Será el sacrificio más o menos lejano de otra infinidad de criaturas, el resultado lógico del resurgimiento de los partidos e ideas de ayer, que ya debían haber desaparecido, que pese a todo ha de llegar un día en que desaparezcan.

Frente a todo ese ilógico conglomerado de hombres, de ideas, de partidos, estaremos nosotros, hemos de estar nosotros. Nuestro pasado, el origen y nacimiento de las ideas que sustentamos, nuestra convicción, la conciencia en último análisis, nos reserva este puesto. Ya que no nos fué dable evitar la guerra presente, obligados estamos a laborar para que no sea posible otra guerra en lo futuro. Y habremos de poner al servicio de esta causa, todo cuanto podemos y valemos; expandir por el mundo nuestros juicios, será más que una necesidad, un deber contraído para con la humanidad dolorida y angustiada y atormentada por la tragedia de ahora que entonces ya habrá pasado.

Habrá que hacer sentir nuestra influencia en todos los ámbitos de la tierra; en todas las esferas de los países; cerca de todas las clases sociales. Porque si al llegar la hora de la paz, todos piensan en remozarse, en renovarse, en aparecer ajenos a toda culpa, nosotros que ya lo estamos, o que al menos no fué suficiente nuestra labor de antes para que el conflicto mundial no llegara a ser un hecho, podremos, con más derecho que nadie levantar nuestra voz.

Y ante todos, serenos y altivos y convencidos de la justicia, de la verdad que encarnan los principios que sustentamos, hablaremos. Porque hay que ganar la batalla a las fuerzas que han de surgir el día de la paz; hay que quitarles el nuevo disfraz que traigan para seguir engañando a los hombres; hay que decir que dejen libre el campo a los que traerán a la tierra una organización sencilla y humana, donde todos los seres serán libres, y por ser libres, buenos y sinceros y bondadosos. Todo el pasado han mandado ellos, han esclavizado a los hombres y los hombres fueron malvados y no eran sinceros y desconocían la bondad. Deben, reconocida su incapacidad, la no eficacia de sus formas de vida, infinitas veces inhumana, que ha ocasionado males incalculables, que es imperfecta, y es absurda y es injusta, deben oír alguna vez las voces de la razón; nosotros habremos de gritar estas voces, insistir cada día en las críticas serenas a la causa del mal; señalarla, exponerla, propagarla. Y enfrente, lo que a nuestro juicio ha de traer el bien.

Tenemos de adversarios a los que gobernaban ayer y a los que quieren gobernar mañana. Los unos ya fracasaron; los otros no cabe pensar que no fracasen.

¿Quién vencerá a quien?

En medio de unos y otros, nadando en el mar de todos los prejuicios, de todas las rutinas, están las multitudes. Los que logren atraerlas vencerán. Es por esto que fuimos vencidos siempre. La multitud no tiene ideas. Después del triunfo de unas u otras, ella las adopta. Antes no. Unicamente al que la halaga, sigue. Y como nosotros somos incapaces de halagar a nadie, he aquí que la multitud apenas si sabe de nuestra existencia.

Ante esa lucha que se avecina, la multitud es una fuerza. Es preciso aprovecharla. ¿Cómo?

Por el halago, no; por las frases brillantes que les hieran un momento, tampoco; aún menos recurriendo a tópicos gastados.

Para que la multitud piense, estudie, reflexione, es menester darle ejemplos. Sembremos por doquiera y tanto cuanto nos sea posible la cultura, la instrucción; que los hombres lean y pensarán; que el montón anónimo comprenda que hay un más allá si sabe conquistarlo y el mundo se habrá emancipado.

Hombres cultos hacen falta para que cese el mal; los libros han de ser armas para ganar la batalla. Sembremos; así, germinarán después, en todas las primaveras, manojos de ideas bellas que serán como flores. Con ellas, magnífico presente, será breve y de triunfo nuestro camino.

DIONYSIOS

Augusto Dide

El librepensamiento ha perdido uno de sus más denodados y esclarecidos defensores. La prensa de Suiza trae la triste noticia de la muerte de Augusto Dide, en 15 de marzo, a la avanzada edad de 79 años.

Fué todo un hombre de pensamiento y de acción. De acción porque las reacciones gubernamentales hallaron en este republicano un indomable defensor de la libertad, en el que no hicieron mella las varias persecuciones de que fué objeto en su juventud. Un pensador, porque al autor de *El fin de las religiones*, de *La Leyenda cristiana*, de *Miguel Servet y Calvino* y de *J. J. Rousseau, el protestantismo y la revolución francesa*, obras con que coronó su extensa labor literaria en múltiples periódicos y revistas avanzadas, le aseguran un recuerdo entre los admiradores de las producciones maestras que más recios golpes han asestado a las mentiras religiosas. En este terreno especial su pluma demoledora abrió brechas irreparables. Imposible una minuciosa biografía de este luchador pródigo, incansable, y sobre todo, desinteresado. Nos falta espacio. El mejor elogio que podemos hacer de su labor, es recomendar a nuestros camaradas la lectura de las obras citadas que han sido traducidas al español por un compañero. Augusto Dide es de los hombres que perdurán en el pensamiento y en el corazón de los que en él aprendieron a pensar alto y sentir hondo.

Nos asociamos al natural dolor de su digna esposa y colaboradora, la señora Noemia Dide, y depositamos mentalmente sobre la tumba atea de este bondadoso y abnegado luchador una admiración que no nos habría sido posible testimoniarle personalmente en su sepelio.

COSAS

Un cronista de *Le Journal* se reía a mandíbula batiente —¡y dichoso él que tiene la libertad de la risa!— con motivo de la verborrea que impera, de cuatro años a esta parte, en la vida pública. Se habla por los codos, y no se dice nada nuevo ni concreto, como no sea en materia de autobombos, que nunca se acaban. ¡Pulula cada genio!

Otra manifestación de la epidemia reinante es la manía ambulatoria. ¡Qué modo de viajar! Singularmente los socialistas revolucionarios (¡no me jaga usted reír!) se han convertido en capitanes de buques y conductores de trenes. Socialista hay que ha viajado en barco de guerra, y en tren del Estado, con 27 maletas para andar por el mundo y unos cuantos gabanes de ricas pieles para andar por la población; —y que conste que no lo digo con ira, sino con dolor.

En ruta para América.-Partida de una delegación socialista

Así han titulado los periódicos una información relativa al proyecto de un viaje de socialistas franceses, ingleses y belgas a Nueva York, nada menos, «para (¡atención, lector!) convertir a Mr. Samuel Gompers a la idea de una conferencia internacional». ¡Y para ese fin un viaje trasatlántico de una partida de Isidros, entre ellos los Cachin, Jouhaux, Huysmans, de Mon, (el *de* él se lo pone), Turati, Gaetani, príncipe por añadidura, y otros viajantes del Socialismo! Pero... pero... ¿corre tanta prisa y tiene tanta importancia la conversión a la idea de una conferencia internacional del reaccionario tradeunionista Samuel Gompers, que es uno de tantos piojos vestidos de limpio? Y ese viajecillo de recreo ¿quién lo iba a pagar?... Digo quien *lo iba* porque parece que a última hora se va desistiendo del proyecto.

¿No hay correo entre Europa y América? Sí. ¿No hay cable? ¡Sí! ¡¡Sí!! ¿Y tales progresos de la Ciencia resultan inútiles, como vehículos de la expresión, para convencer a Samuel Gompers? ¿Y tanta fe tienen los citados Isidros en su propia *verborrea* para recabar de Gompers el convencimiento y la aquiescencia que no podrían recabar con cartas ni con cablegramas?

¡Vamos, hombre! Lo que hay es que esos mamelucos quieren que les paguen un viaje de lujo —a costa del pueblo soberano— con residencia en hoteles de la quinta Avenida, con recepciones en la Casa Blanca, con banquetes pantagruélicos, con reclamos de prensa, *etc., etc.*, y si sobra algo de la comisión presupuestada, pues, *pa* en cenando a la vuelta a Europa.

Hace falta que esos y otros politicastros del mismo pelaje crean que el pueblo ha descendido al último grado del *abnegamiento* y de la primada. Ya se lo dirán de misas. Cuatro años que van a gusto en el machito; pero el machito empieza, respingando, a dar señales inequívocas de cansancio. ¡Qué diría Jaurés si pudiera ver la conducta de tan aprovechados *discípulos!* Si él, en la vida material, hubiera dado ejemplo para sacar semejantes discípulos, ahora estaría vivo, porque en vez de comer en la vulgar *brassierie*, donde lo cazaron, hubiera comido, bien custodiado, en alguno de los grandes hoteles de París.

No nace un Jaurés todos los días, y el socialismo europeo necesita muchos Jaurés si quiere limpiarse las manos de sangre y la conciencia de materia fecal.

LUIS BONAFOUX

Nuestro pensamiento

Como el agua que desciende, ininterrumpiblemente, cauce abajo, es intranquila; como la sutil mariposa que revolotea de flor en flor, para libar mil néctares distintos, es inquieta, movil y oscilante; como la materia es incesante en su eterna transformación y perfectibilidad, nuestro pensamiento es asimismo, inquieto, variable, oscilante, constantemente transformable, perennemente perfectible. Hoy no podemos pensar exactamente igual que ayer. Y el minuto que transcurre no será rigurosamente idéntico al transcurrido, ni completamente análogo al que se avecina. En cada subdivisión del tiempo, en cada rápida fracción de un transcurso, hay fuerza modificadora, eliminación, reflexión, análisis, luego perfección a veces notable, casi siempre imperceptible. Nada hay absolutamente inerte, nada puede permanecer en verdadero estacionamiento. ¿Cómo, pues, el pensamiento podría estar, momentos tan siquiera, en invariabilidad ideológica, en estacionamiento, en inmutabilidad efímera.

Sobre la pantalla de nuestro pensamiento proyectan su rápida aparición y desaparición, las ideas accesorias que son como un ropaje de las ideas fundamentale. Aparecen, se dibujan, se colocan en plano de preferencia, oscilan, se esfuman y desaparecen para ser substituídas por otras, que seguirán su mismo designio. Por eso constituye un disparate grande el pretender declarar, como muchos hombres hacen, aquello de: «mi pensamiento no cambia; hoy pienso absolutamente igual que pensaba hace diez años». Es absurdo aferrarse a una forma inmutable, pétrea del pensamiento.

Allí donde ideas y conceptos, opiniones y tendencias hierven y se elaboran constantemente, se mueven, se agigantan, se coordinan, se disgregan, se transforman, se precisan, se aquilatan, no puede hallarse ese lago mírifico, de aguas muertas. Sostener lo contrario es querer torturar el pensamiento, forzar, detener su natural funcionamiento; hacerse esclavo de una idea fija, de un pensamiento fósil, de una concepción dogmática; es impedir que surjan esas ideas, esos pensamientos, en su multiplicidad multiforme, en su diversidad policroma. Es pisotear un ramillete de flores, so pretexto de guardar, exclusivamente, la más bella. Es como impedir a los ojos que miren en torno nuestro, porque se les quiere enfocar sobre el más admirable lugar de entre todos. No. Ved como la superficie del agua del arroyo se mueve, se riza en ondas simétricas o irregulares, como corre, salta, se detiene en el remanso, pero sin olvidar que corre hacia el mar.

Ved asimismo la incansable abeja como se posa de flor en flor; en ésta, permanece largo rato, sin duda para llevarse gran cantidad de azúcar de su polen; en esta otra permanece menos, para extraer menos néctar de su cáliz; en aquella, se estaciona solamente algunos segundos y en la corola de una cuarta, ni siquiera se digna detenerse; la circunda volando y zumbando y se aleja hacia otra sobre la cual se parará más o menos tiempo o la dejará igualmente invulnerada.

Para que el delicioso manjar se confeccione, precisa que el incansable hemíptero recoja varios azúcares que combinados, mezclados, darán un excelente resultado.

Pues bien; hagamos nosotros lo mismo. Dejemos que las ideas, que las imágenes, se agolpen y penetren en nuestro pensamiento; que se atropellen y se estrujen en su cavidad. Que las malas se eliminen pronto y las buenas se consoliden modificándose, seleccionándose, clasificándose. Que la más tolerante variabilidad reine entre ellas; que la más natural heterogeneidad sea el curso de su entrada, de su ebullición y de su extracción; que nuestro pensamiento sea un centro de confluencia, de hormigueo, de caos de ideas multiformes, comprendidas, adherentes a las ideas fundamentales que son, en su esencia, el basamento, el sedimento de nuestros sublimes ideales. Dejemos penetrar en el antro de tan sacrosanto receptáculo, las corrientes modificadoras, el soplo continuo de la variabilidad perfectible.

PLUMA-ROTA

Vox populi, vox Dei

Porque tu albura mancharon
los que no te conocieron
y porque te calumniaron,
¡Madre!

Un cronista de prensa burguesa, Zozaya, lanza sus reproches contra la plebe; un quidam rechaza a dos obreros por no parecerle hombres de *honor*.

El gesto de este último no nos mueve sino a un mohín de desdén, puesto que débense tomar las cosas según de quien vengan. Marchando un día Sócrates por las calles de Atenas, vino a tropezar con él un idiota. El buen sabio, sonrió levemente y siguió su camino, sin sentirse agraviado.

No nos hiere tampoco el dardo del mencionado cronista, porque en sus aseveraciones campea tan sólo la sinrazón. Gratos han de ser a la burguesía los escritores que de la prensa burguesa viven, y así no es extraño que, moviéndose en su ambiente de periodistas a sueldo, lancen su reproche contra los de la acera de enfrente, por adular al amo a quien sirven.

¿Pero ese cronista, que hasta ahora fué

tos no: estos mueren deseando la vida. Al mártir religioso no le costaba nada desprenderse del mundo; al contrario, el mundo era para él una prisión aborrecible, un lugar donde todo es inseguro, vano, peligroso y dañino, donde un momento de error y concupiscencia puede comprometer una eternidad de inefables delicias.. Pero el mártir del patriotismo ama, adora la vida terrena: su mujer, sus padres, sus hijos, sus amigos, todas las esperanzas y anhelos vitales palpitan tumultuosamente en su corazón, y cuanto más arrecia el peligro más se le adhieren. Y he aquí otra distinción suprema: la verdadera patria del mártir religioso, aquella por la cual se inmola, es, precisamente la que irá a gozar con su muerte, la que le abrirá sus puertas de par en par gracias al sacrificio. Y, en cambio, el mártir patriota se ve obligado a abandonar para siempre jamás esa misma patria por la cual sucumbe; su sacrificio le aleja y le priva eternamente de ella y de cuanto tiene de adorable; si la patria es un bien, que importa defender y conservar, ocurre el tremendo sarcasmo de que sólo lo pierden aquellos que más lo merecieron, y en cambio siguen gozándolo los que no lo ganaron.

Tal es la causa secreta de la tristeza única, peculiar, indefinible, que caracteriza a los mártires del patriotismo. En el ardor de la lucha o cuando cesa el peligro inminente, los hombres olvidan con facilidad las amarguras de una reflexión que se devora a sí misma. Entonces luchan y mueren bravamente en la zona de combate, o se divierten como chiquillos en la retaguardia. Pero en los intervalos, cuando el peligro está lo bastante cercano para ser previsto y al mismo tiempo alejado lo suficiente para que el entendimiento pueda discurrir sobre él a sus anchas, entonces, en esas horas de agonía, los soldados parecen naufragar en un bache íntimo de cordura lúcida, de sentido realista, de visión descarnada y, por lo tanto, de pesadumbre. ¿Por qué van a morir? ¿Por qué, entre tantos millones de seres que componen un pueblo, sólo una pequeña minoría debe sacrificar su vida para los demás? Unos no se baten porque son ministros o empleados públicos; otros por la rara razón de que saben tornear granadas, no sólo no arriesgan sus vidas sino que además ganan fabulosos jornales; otros están en lugar seguro porque saben sanar heridas o preparar ungüentos; otros porque son viejos y les falta coraje; otros porque son mujeres; otros por mil causas diversas. ¿Por qué esa disparidad odiosa? La única razón que puede abonar una injusticia tan deforme, una desigualdad tan manifiesta en los sacrificios que la guerra impone a los individuos de un pueblo, es la sinrazón de la necesidad, el hecho brutal de que no haya medio de obrar de otra suerte. El soldado se siente víctima de una selección ilógica, monstruosa, que ha repartido sobre él y sobre algunos más la responsabilidad cruenta de una expiación general.

Pero aun descartando toda reflexión egoísta, aun estando dispuesto de antemano al sacrificio personal, el reo patriótico se siente combatido en lo más vivo del alma. Si él perece en la lucha, ¿qué va a ser de los suyos, de su mujer, de sus hijos, de lo que más quiere en el mundo? Esa patria por la cual va a derramar su sangre, esa comunidad de supervivientes por los cuales se sacrifica, ¿cómo tratarán a los que dejarán desamparados tras de sí? Mientras dura la guerra todos son elogios sonoros para los que sucumben; la sociedad necesita estos sacrificios y los alienta. Pero ¿y después? Concluirá el conflicto, renacerá la paz, los pueblos volverán lentamente a vivir como vivieron antes; se apaciguarán los resquemores viejos a medida que broten intereses nuevos; se alzarán algunos monumentos para conmemorar victorias, cuyos nombres borrarán el recuerdo de los infortunados que las pagaron con su sangre; las pensiones oficiales serán escasas, el Estado desatenderá forzosamente sus antiguas deudas para atender a necesidades más urgentes. ¿Qué será de los millones de familias destruídas, de las mujeres sin recursos, de los pequeñuelos sin protección eficaz? ¿Qué será de la esposa y los hijos de este pobre soldado sumergido en las catacumbas de Argona? ¿A quién aprovechará su muerte, si no es a los que seguirán viviendo? Y si esto es así, ¿por qué este aprovechamiento tiene que pagarlo el soldado, el único que no gozará de él, con su destrucción personal y con el infortunio de los suyos? Mas la misma necesidad que tanto exige de este pobre hombre, bajo pretexto de ser ineludible, se desvanecerá con el tiempo. Los días son pasajeros; lo único que no cambia es la miseria humana. Y rodando los años, otra necesidad parecida a aquella e igualmente abominable, hará que los hijos o nietos del mártir se abracen sobre su tumba con los enemigos de hoy para emprender juntos y fraternalmente una nueva cruzada...

Todas las aberraciones y los sofismas insolubles sobre los cuales se asienta la guerra, van roendo—en las horas de soledad y hastío, ante la proximidad del peligro—, a las víctimas del deber patriótico. Pero basta que uno de sus superiores les saque de su ensimismamiento y les grite ¡adelante!, para disipar su tortura. Se incorporan, olvidan sus males, sus amores terrenos, se olvidan a sí mismos, sufren, luchan, sucumben. En un instante, el más miserable gañán se convierte en el ser extraordinario y generoso que llamamos héroe. He aquí una de las más misteriosas transformaciones humanas.

GAZIEL

LITERATURAS BÉLICAS

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes de guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agotan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de castrados, cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muelle y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final es: o tigres o borregos.

La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada.

Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico a las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cieno. El literato es lacayo de todos los éxitos.

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercute el rasguear de las plumas belicosas que empuercan de sangre y cieno el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial; si la voz poderosa de cien genios clama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y de sosiego ¡qué importa eso a los serviles y lacayunos emborronadores de cuartillas!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engalla enderezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica se torna financiera y apologética de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón del inquisidor y se postra humilde ante los vetustos muros de las tétricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace sacrificio de la honestidad, de la dignidad y la vergüenza.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebeldía, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza iracunda y, sobre la turba soez de los desarrapados, fulmina los rayos de su cólera... ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad.

La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina, centenares de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante tabla suspendida de una deshilachada cuerda; se prueban con el trabajo imposible en el infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y los topes de los barcos, en los tenders de las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rudas luchas con la Naturaleza. El hombre se templa en la conquista del planeta que habita, de la atmósfera que le rodea, del espacio sin límites poblado de bellos e innumerables mundos.

En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después nada, como no sea cobardía, miedo a perder la vida, horror de la sangre, del bruñido acero, de la bala mortífera. La manada, el montón cobra ánimos apretujándose y estrechándose contra los repetidos asaltos del temor. Y luego la procesión de inválidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados, corrompidos, traen a las ciudades y a los campos el estímulo a la holganza, a la depravación, al desorden, al desenfreno. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestiona a las masas, el espejuelo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida.

Hacen falta borregos, dóciles instrumentos de matanza, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

R. MELLA

PATRIOTISMO

Si alguien supusiera en mí falta de honradez o de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota le oiría impasible. «¿Es que usted no ama a su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado a las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar a los esclavos de las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas a los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones —establecimientos, colonias, protectorados— no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros a agentes residentes, luego a funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían a someterse y, por último, a la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, y gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barizilandia, declarada colonia británica, cortan poco respeto a la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despiertan sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor a la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, depués de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Kedive a recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó a administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Kedive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora. Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada a un grupo de filibusteros, o en la concesión de honores universitarios a un archiconspirador, o en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen a los planes de agresión. Si porque mi amor a mi país no sobrevive a estas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gozoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón o no!» le juzgo destable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo, pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan a la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada sino que es un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, u obligamos por las armas a una nación a recibir productos que no necesita, o apoyamos a algún agente para que castigue a los que se han limitado a aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, con nuestra patria, tenga razón o no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo pues, traducir el grito mal amado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el olmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aun existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un ser que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este ser que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia!? ¿Les gusta el paralelo a nuestros seudopatriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos —de antipatrióticos, sin duda, serán calificados— en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido —entonces capitán y hoy general— me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres alquilan —dije— sus brazos para matar a otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen a servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas».

Preveo la observación que va a hacérseme. Si se acepta ese principio, se alegará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedaría indefenso. No puede permitirse a los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan deprisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército será tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería a esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón o sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia a la guerra agresiva, sino a la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse a la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón o no!» y que agregarían a las ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales

---

Los precios de suscripción serán:

Zaragoza, semestre	1 ptas.
Provincias »	1'25 »
Fuera de España, íd.	1'50 »
Paquetes de 30 ejemplares	1'50 »

Háganse los pedidos a la mayor brevedad para regularizar la tirada.

Para todo cuanto con el periódico se relacione dirigirse: Redacción de «Aurora», calle Echevarría, 8, 1.º, Zaragoza.

NOTA: Se ruega la reproducción en toda la prensa sindicalista y anarquista.

Avisos a periódicos

La Guerra Social enviará una suscripción a Pablo Liort, calle del Conde, Solivella (Tarragona). También enviará 5 ejemplares más 1 de cada uno de los números publicados a Manuel Rosado, Castelar, 8, Arahal (Sevilla) y una suscripción a Víctor Gazulla, calle Doctor Dou, 15, entresuelo, 2.ª, Barcelona.

La Voz del Campesino enviará una suscripción a David Lamaza, por Cenicero, Elciego (Alava).

El grupo «Espartaco», de Sevilla, enviará 100 hojas «Al pueblo», a Juan Murga, Herrería, 16, 3.º, Vitoria.

Suscripción general

A FAVOR DE LOS PRESOS POR CUESTIONES SOCIALES

	Pesetas
Suma anterior	923'45
Manresa.—Grupo «Sin Patria»	3'00
San Vicente de Castellet.—Lorenzo Griñó 3; Dámaso Marqués 0'50; Amadeo Morros 0'25; Ramón Expósito 0'50; uno de acción 1; otro de acción 1	6'25
Molins de Rey.—Juan Segura 1; Tadeo Galcerán 1	2'00
Chiclana.—Francisco Gómez	0'30
Cañete de las Torres.—Juan Espada 0'40; Francisco Capillo 0'60	1'00
La Línea.—Sociedad de Obreros del Carbón Mineral	21'00
Logroño.—Marcelino Belloso	5'00
Barcelona.—Dimas Cabezón	5'00
Sevilla.—Francisco Guerrero	0'25
Aldea del Rey.—Bautista López 0'30; Vicente Villanueva 1	1'30
Total	968'55

REPARTO

Figueras.—Fernando Torruella, Pascual Serra, Juan Creus y Juan Arderius	60'00
Madrid.—Antonio Cotiello, Antonio Lozano, Eugenio Karr y Sinesio García	60'00
Manzanares.—Antonio Criado, Manuel Carrión, Servando Fernández, Pedro Galindo, Florencio García, José Cano, José Alluga, Julio Beltrán y Blas Cuadrado	135'00
Vitoria.—Una compañera y dos compañeros	45'00
Huelva.—Gregorio Martín y Antonio Rodríguez	30'00
Gastos de giro	7'50
Total	337'50
Quedan para el próximo reparto	631'05

Donativos

	Pesetas
Cerviá.—Jaime Fort	0'60
Barcelona.—M. S. A. 0'50; Víctor Gazulla 0'50	1'00
Manzanares.—María y Carrión	1'65
Cañete de las Torres.—Salvador Alvarez 0'50; Domián Mejibar 0'50	1'00
Logroño.—Marcelino Belloso	5'00
Total	9'25

LIBROS EN VENTA

Al objeto de facilitar la lectura de toda clase de obras de carácter social, ofrecemos a los compañeros las siguientes, que podremos enviar a vuelta de correo, siempre que al pedido acompañen el importe.

	Pesetas
Palabras de un Rebelde, Kropotkine	1'25
La Conquista del Pan, ídem	1'25
Memorias de un Revolucionario, ídem (2 tomos)	2'50
Jesucristo nunca ha existido, Bossi	1'25
La Rusia Terrorista, Stepniak	1'25
Las Pasiones Humanas, Letourneau	1'25
La Pornografía en la Biblia, Mirabeau	1'25
Vía Libre, Lorenzo	1'25
La Religión al alcance de todos, Ibarreta	1'25
La Ciencia Social, Spencer	1'25
La Moral Religiosa, Voltaire	1'25
El Anticristo, Nietzche	1'25
Conservación y Revolución, Litré	1'25
Los Primitivos, Reclus (2 tomos)	2'50
La Montaña, ídem	1'25
La Emancipación de la Mujer, Novicow	1'25
Las alegrías del destierro, Malato	1'25
Revolución Cristiana y Revolución Social, ídem	1'25
Filosofía del Anarquismo, ídem	1'25
El Amor Libre, Albert (2 tomos)	1'25
¿Por qué cree en Dios la burguesía? Lafargue	0'60
El Patriarcado, Ideal de Justicia, íd.	1'25
La Revolución a través de los siglos, Hamon	0'60
Determinismo y Responsabilidad, íd.	1'25
El Origen del Hombre, Darwin	1'25
Historia del Arte, Meunier	0'60
Mentiras convencionales de la Civilización, Max Nordau (2 tomos)	2'50
Sindicalismo y Anarquismo, Fabbri	1'25
La Democracia y los Hacendistas, Delaisi	1'25
Las doctrinas de los partidos políticos en Europa, Bovio	1'25
Los Ex Hombres, Gorki	1'25
El Individuo y la Sociedad, Grave	1'25
Historia de las Ideas Morales, Gille	1'25
La Burguesía y el Proletariado, Prat	1'25
La Muerte y el Diablo, Pompeyo Gener (2 tomos)	2'50
Las Diosas de la Vida, Soledad Gustavo	1'25
Cantos de Rebelión, Alejandro Sux	2'50
La Humanidad y la Patria, Naquet	1'25
El Estado y la Dignidad Personal, Proudhon	1'25
La Psicología de la Revolución, íd.	0'60
Viajes en globo, Flammarión	1'25
Un Viaje por los Cielos, ídem	0'60
A través del Espacio, ídem	0'60
Los Terremotos, ídem	0'60
Astronomía Popular, Comas y Solá, (2 tomos)	1'25
Un Sueño de Amor, Rafanelli	1'25
Sebastián Roch, Mirbeau	1'25
Fuerza y Materia, Büchner	1'25
Ciencia y Naturaleza, ídem (2 ts.)	2'50
Noli me tangere, Rizal	1'25
Los Hijos del Amor, Urales	1'25
El Mundo Nuevo, Luisa Michel	1'25
Reforma y Revolución, Labriola	1'25
El Arroyo, Reclus	1'25
Los Enigmas del Universo, Engels	1'25
Origen de las Especies, Darwin (3 ts.)	3'75
Sobre la ruta de la Anarquía, por Pierre Quiroule	1'00

Correspondencia

Oviedo.—L. A. Id. 10; 8'20 para libros y presos 1'80.

Montevideo.—M. C. Id. 35; libros 4'50; para *El Hombre Libre* 9; Comité pro Castelví de F. D. Andrea 10 y por paquetes 11'50.

Logroño.—C. A. Id. 24; presos de T. y L. 20 y paquetes 4.

La Bisbal.—D. H. Recibimos 19 pesetas; presos de T. y L., 6'75; libro, 1'25; para *La Guerra Social*, 2; donativo, 1; presos, 1, y paquetes, 7. Pagado el 374.

Chile.—M. Ch. Id. 25; por libros, 2, y paquetes 23.

Bocairente.—H. D. Id. 12'40; presos de T. y L., 7'60 y paquetes 4'80. Pagado el 372; sobran 2'80.

Algodonales.—C. O. Id. 6'05; donativo, 0'20; suscripción, 4. Pagado hasta Junio de 1918, y 1'85 para el folleto de Rusia. Este folleto se agotó. Disponed de la cantidad que para ello mandáis.

Alburquerque.—J. M. Id. 10; libros, 8'80, y paquetes 1'20. Pagado el 370.

Jerez de la Frontera.—S. O. Id. 98'65; presos de T. y L., 30'15; de G. M., 1; de uno, 0'60; de P. R., 1; de Porcuna, 4; de J. B., 2; de Carmona (donativos), 3; libros, 16'50; presos de A. J., 1, y paquetes 36. De las 10 restantes escribimos.

Corcoya.—J. G. Id. 8; presos de T. y L. 3 y paquetes 5. Pagado el 366.

Denia.—V. S. Id. 8'55; folletos 3'55 y paquetes 4. Pagado el 371.

Cassá de la Selva.—A. M. Id. 5; presos de T. y L. 1 y por paquetes 4. Pagado el 374.

Arquillos.—H. R. Id. 12'65; presos de T. y L. 8'15, y paquetes 4'50. Pagado el 374.

Arriate.—F. G. Id. 1'50; presos de T. y L., 0'50; para *La Voz del Campesino* 0'50 y suscripción 0'50.

Bot.—T. B. T. Id. 7; 5 por suscripción y 2 para el Grupo «Espartaco» de Sevilla.

Montellano.—F. O. L. Id. 10'25; presos de T. y L., 4'25; paquetes, 6. Pagado el 371.

Malpartida de Plasencia.—A. T. Id. 2'40; folletos 0'40 y suscripción 2.

Coruña.—M. C. P. Id. 7'50; presos de T. y L. 5 y suscripción 2'50

Vitoria.—J. M. Id. 26; presos de T. y L., 9'40; suscripción de V. G. y J. M. a *Solidaridad Obrera*, 3; pago de folletos 3'60 y paquetes 10. Pagado el 374.

Morón.—A. R. Id. 17'25; por libros, 10; presos de T. y L., 3'25; de J. D. 2 y 2 por paquetes. Pagado el 374.

Cenicero.—V. B. Id. 28; presos de T. y L., 16'70; presos sociales, 1'30; para *La Guerra Social* 2 y paquetes 8. Pagado el 374.

Elda.—P. C. Id. 18'30; para *La Voz del Cantero* de M. V., 0'60; pago de folletos 4'45 y paquetes 13'25. Pagado el 368.

Malcocinado.—A. C. P. Id. 11'35; presos de T. y L., 3'35; Almanaque 0'75 y paquetes 7'25. Pagado el 376. Sí llegó el giro a que te refieres. Ya puedes verlo por la cuenta.

Portugalete.—J. A. Id. 28'30; presos de T. y T., 12'05; libro enviado, 1'25; paquetes, 2'40. Pagado el 374; donativo, 0'60; suscripción del C. D. 8 y libros 4.

Buenos Aires.—P. M. Id. 20 por paquetes. Pagado el 369; sobran 2 ptas.

Fernán-Núñez.—M. J. R. Id. 80; presos de T. y L. 26'45 y paquetes 3'55. Pagado el 383.

Amposta.—T. E. Id. 13'75; presos de T. y L. 6'75 y paquetes 7. Pagado el 373.

Bilbao.—G. C. Id. 100; libros, 17'25; suscripción de L. S., 2; para *La Voz del Cantero*, 0'75 de M. G.; y paquetes 80. Pagado el 374.

Madrid.—G. los I. Id. 38'20 y 10 entregadas a A. C., 48'20; paquetes 44'20 y presos de T. y L. 4.

La Campana.—C. O. Id. 28; presos de T. y L., 12; presos sociales 12 y paquetes 4. Pagado el 372.

Villanueva del Campo.—G. T. Id. 12'75; libros y folletos, 7'25; presos de T. y L., 1'50; paquetes, 4. Pagado el 377.

Montejaque.—P. L. Id. 23'25; presos de T. y L., 3; para J. A., 1; para *La Guerra Social* (paquetes de Villanueva), 3; para *La Voz del Cantero*, 2; para La E. M., 11'75; paquetes, 2'50. Pagado el 3'70.

Alcalá de los Gazules.—A. G. G. Id. 10'50; presos de T. y L., 5'50; liquidación de libros y del número 358, 5. Se mandaron ya los otros libros a que te refieres.

Aruaga.—T. M. Id. 14'35; libros 6'35 y paquetes 8. Pagado el 374.

Valverde del Camino.—C. P. Id. 12; libros 3'25 y paquetes 8'75. Pagado el 374, falta 1'85.

Elche.—J. R. Id. 18'25; presos de T. y L., 3'25; recolectadas por Navarro y por paquetes, 15. Pagado el 373.

Alcalá de Guadaira.—A. R. Id. 7'65; presos de T. y L., 2'15; por libros, 3; para *Solidaridad Obrera* 1'50 y suscripción de J. C. 1.

Cheste.—F. A. Id. 14'80; por paquetes 2 y pago de libros 12'80. Resta total de todo lo enviado, 16'70.

Murcia.—F. S. Id. 25; presos de T. y L., 9'25; folletos enviados 2'75 y paquetes 12. Pagado el 374.

Girenella.—J. R. Id. 19'65; presos de T. y L., 11'40; libros, 7; pago de libro anterior 1'25.

Paradas.—F. G. Id. 15; de Monjuich 1 y paquetes 14. Pagado el 371.

Balance del número 376

INGRESOS

	Pesetas
Por paquetes	415'85
Donativos	5'05
Venta	74'75
Total	495'65

GASTOS

Déficit del número 375	100'45
Impresión del número 376	515'00
Franqueo	20'70
Por hacer el correo	15'00
Carteros (1)	26'00
Alquiler del piso	25'00
Total	702'15

RESUMEN

Suman los gastos	702'15
Id. los ingresos	495'65
Déficit para el número 377	206'50

(1) La partida de carteros y alquiler del piso, corresponde al mes de febrero.

Imprenta GERMINAL, Ronda San Pablo, 36